

OTREDAD Y HUMANISMO SOLIDARIO EN LA LÍRICA DE BLAS DE OTERO

F. MORALES LOMAS

Cada vez que algunos poetas actuales escuchan la palabra humanismo, solidaridad u otredad... creen que un terror estalinista ocupa su espacio para la privacidad. Tienen la sospecha de que de nuevo llegan huestes cargadas de una literatura dócil que se instrumentaliza para conseguir extraños paraísos artificiales en la tierra. Disienten de una lírica que en el pasado tuvo grandes escritores bajo su férula pero que, al mismo tiempo, en algunos casos, no prestó los mejores servicios y, desde luego, acabó siendo desterrada del discurso literario. De este modo, cuando alguien logra nombrar palabras como otredad o humanismo, con la carga paradigmática que poseen y su fuerza más allá de cualquier acto poético, se les crea en su interior una suerte de zozobra.

Sin embargo, y aunque en determinados momentos aquel peligro de instrumentalización existió, cada época histórica es diferente y la poesía de antaño no llena los huertos de hogaño. Ya se aprendió la lección, y la poesía del siglo XXI debe ir por otros derroteros en los que se reivindique a sí misma como hecho estético (pero, ¡ojo!) sin olvidar que ninguna estética es ajena a la ética. Y siendo muy conscientes de que cada época, como decía el bueno de Antonio Machado, tiene no una sensibilidad diferente pero sí un sentimiento diferenciado.

Siendo conscientes de que el poeta no es un espejo vacío, ajeno a la época en la que vive, debemos congratularnos de que exista en la actualidad un sentimiento cada vez más poderoso de que la poesía no puede permanecer ajena al ser humano y este debe constituirse en su horizonte y línea argumental principal si bien en otras épocas históricas la marginalidad de los experimentalismos la sedujo para conquistar una deshumanización cierta.

Martin Heidegger ya nos había advertido que el humanismo no es un concepto del siglo XX, sino que hundió sus raíces con fortaleza en Roma cuando los escritores romanos del siglo I a. C. y el siglo posterior fueron conscientes de que Grecia debía hacerse presente en sus obras con el esplendor que le habían dado los poetas, dramaturgos y pensadores de los siglos V y IV, fundamentalmente. Nos estamos refiriendo a ese primer humanismo que nos llega con escritores como Sófocles, Eurípides o los pensadores Sócrates, Platón o Aristóteles. Los romanos se hicieron acreedores de esa trayectoria humanista y definitivamente, como decía, Heidegger, se la apropiaron para sí. Horacio, Virgilio, Catulo... son algunos nombres que llevaron la condición de lo humano a su máximo valor.

Después hubo muchos siglos de oscuridad en los que este se convirtió en un no-ser, oscurecido por el imperio de diversos dioses (fuesen cristianos o no) que lo negaron reiteradamente. A partir del Renacimiento de nuevo Roma retoma el discurso humano y lo traslada al resto de Europa, pero es en el siglo XVIII cuando los enciclopedistas ofrecen un sentido material a esa condición humana y por primera vez concitan la necesidad de la igualdad y la solidaridad como principios en los que se anclen esas aspiraciones de una humanidad recuperada. El siglo XIX y sus movimientos sociales anarquistas y materialistas históricos o dialécticos trataron de recuperar esos principios materiales que se vieron oscurecidos definitivamente por el siglo XX, un siglo de grandes conquistas y enormes zozobras, de grandes avances para la humanidad y de grandes retrocesos, de grandes esperanzas para la recuperación del ser humano y de evidentes procesos de deshumanización.

Durante los años de posguerra española y plena guerra mundial, cuando la muerte tanto desde la represión estalinista como desde la tragedia nazi, apostaba claramente por la inexistencia de lo humano, hubo algunos escritores, como César Vallejo (*España, aparta de mí este cáliz* y *Poemas humanos*)¹, Miguel Hernández (*Vientos del pueblo*), Dámaso Alonso (*Hijos de la ira*), Vicente Aleixandre (*Sombra del Paraíso*)... que iban creando la necesidad de conectar con la impureza poética que llegaba desde *Caballo Verde para la Poesía* y los postulados de Neruda. Hay toda una poesía arraigada que lucha por despertar y que no la cercenen.

En este ámbito, nace la poesía de uno de los grandes humanistas contemporáneos, Blas de Otero. Considerado como un poeta total por Juan José Lanz y como el más grande de los poetas de posguerra por José Ángel Valente.

Ya desde una fecha inicial como 1946 va elaborando poemas que darán lugar a *Ángel fieramente humano* (1947-1949)², al que seguirá *Redoble de conciencia* (1947-1950); y, definitivamente, ambos reunidos en una nueva versión más completa y revisada, *Ancia* (1947-1954) para más tarde con *Pido la paz y la palabra* (1951-1954) incidir en el humanismo humano como paradigma de una lírica comprometida. Libros que van a ocupar nuestra reflexión.

Como nos recuerda De la Cruz, tras su paso por el psiquiátrico en 1945 por una crisis causada por el sentimiento de culpabilidad de que su hermana

¹ La poesía de César Vallejo fue siempre para Blas de Otero un revulsivo constante y así lo declaraba en *Historia (casi) de mi vida*: “El momento más grave de mi vida fue cuando dejé de leer a César Vallejo. Sus primeros poemas, *Los heraldos negros*, los leí en el huerto de mis antepasados, en Orozco. Años más tarde, un amigo peruano pidió a Georgette, en París, algunos ejemplares de la edición póstuma de *Poemas humanos*, que ella tenía apilados en su cuartucho. ¡Impresionante libro! No superado en la poesía española de los que va de siglo” (966).

² Seguimos la edición de Otero, Blas de. *Obra completa*. Edición de Sabina de la Cruz con la colaboración de Mario Hernández. Barcelona: Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, 2013.

se hubiera cargado sobre sus hombros una responsabilidad mayor a sus fuerzas, comienza a agrietarse un catolicismo que había sido dosificado en los jesuitas de Indauchu, donde realizó el bachillerato y comienza escribir durante las noches *Ángel fieramente humano*. Libro que se inserta de lleno en un año y los subsiguientes donde la tragedia de la guerra mundial había dejado el mundo con la sensación de que el ser humano había osado llegar a la condición del primate y había perdido la razón de ser de su existencia. La vida había dejado de tener sentido y se había impuesto la muerte, la desolación, la soledad y el dolor.

Desde muy joven, Blas de Otero había tenido entre sus autores escritores como Antonio Machado, César Vallejo, Miguel Hernández y Pablo Neruda cuyo compromiso con la humanidad había arraigado profundamente. Tenía un sustrato donde mirar su condición de lector, pero también su condición humana. A lo que se unía una categoría religiosa que impregna una educación jesuítica, y, al mismo tiempo, unas condiciones sociales donde el dolor (el reciente ingreso en el psiquiátrico y las noticias que llegan desde Europa) lo impregna todo. Efectivamente, son unos años donde se ha proclamado una “humanidad sin rumbo” (63), como nos dice De la Cruz, y la angustia y la soledad lo ocupan todo. En este escenario dominado por la muerte, Blas de Otero busca una respuesta en el Hacedor, y su silencio paradigmático impregna la no-respuesta:

Es la lucha feroz, de amor y de rechazo, entre Dios y el hombre. Este Dios funciona en los poemas como un símbolo del Poder, de la Lejanía y de la Ley, un ser que aplasta y destruye, Señor del silencio y del desamor. Aunque esta lucha trágica termine en la soledad y el aislamiento, la rebeldía que encierra el título del libro y su dedicatoria a la inmensa mayoría son señale de la solidaridad que, un año después se acentuará en Redoble de conciencia (1951) (De la Cruz 64).

Ángel fieramente humano es el primer libro de Otero donde ya nace esa condición de lo humano en la sociedad contemporánea y que nos sirve de principio y guía a los que desde hace tiempo defendemos esta propuesta ético-estética como el signo de los nuevos tiempos. Y es que ya en esta obra existe en su lírica el descubrimiento de lo que años más tarde explicitará Foucault en su obra *La hermenéutica del sujeto* como la construcción de una nueva subjetividad que nos permita la conformación de una humanidad compartida en la que la *épimeleia/ cura sui* (cuidate de ti mismo, conócete a ti mismo) sea tan significativa como la *épimeleia heautou* (una actitud ante uno mismo, pero también acompañada de una actitud *ante* o *con* los demás). No se puede uno mirar a sí mismo y no mirar a los demás, como dice Foucault en la obra citada. Y de modo acorde el existencialismo afirmaba que en nuestra actuación cotidiana también nosotros mostramos ese cuidado por nosotros mismos y por los demás. El ocuparse de sí implica también conductas, reglas,

verdades y prescripciones que implican una ética ligada al juego de la verdad. Y en ese juego se encuentra el «Otro».

Unos años antes, en el poema “Poesía humana” de *Cántico espiritual* (1940-1942) establecía una poética en varias liras donde proyecta el nacimiento del canto desde abajo, y sueña en la belleza pero al mismo tiempo en la sangre que corre por ella y la ruptura de todo tipo de cadenas en ese vuelo llameante. Nos habla de una poesía “Eterna como el hombre que la ha hecho” (110) y es entonces cuando se produce esa humanidad que la canta, “y el hombre, respondiendo, que la siente, / goza su paz, levanta/ hacia su luz la frente/ y está lejano, poseído, ausente” (110). Es la descripción de un nacimiento en lo humano y desde ahí un vuelo hacia “la eternidad” que encontrarán en la novedad de sus propuestas un recorrido propio y así el poeta alzarán un simbólico vuelo que tanto tiene que ver con el *Cántico espiritual* de San Juan de la Cruz en el que está inspirado y en ese vuelo de altura y no de esperanzas falto de su famoso “Tras de un amoroso lance”. Hay toda una declaración de principios y una salutación del optimista que contempla el cielo y su vuelo de consagración desde una humanidad en la que hunde sus raíces.

Andaba por los treinta años, y toda una guerra española en el camino, y toda una guerra mundial a sus espaldas, cuando Blas de Otero comienza a escribir *Ángel fieramente humano* (inspirado en un verso de Góngora), dedicado “A la inmensa mayoría”. Una afirmación de principios como había declarado Antonio Machado: “Sin salir de mí mismo, noto que en mi sentir vibran otros sentires y que mi corazón canta siempre en coro” (1310). Blas de Otero penetra en un mundo que surge como un árbol desgajado, “una generación desarraigada/ unos hombres sin más destino que/ apuntalar las ruinas”. El poema se adueña de la soledad del hombre, percibe su respiración y la muerte lo ocupa todo como un manto del que quisiera escapar ese ser que en su ruina ha encontrado el temido desconsuelo.

“Desamor”, “hombre”, “poderoso silencio” y “final” son entonces los apartados que muestran un camino en el que el hombre ha perdido definitivamente su rumbo, pero sobre el que el poeta dispone toda su atención y todo su tiempo. El poeta se imagina en esa inmensa soledad que lo rige todo tras el estertor de una batalla y la muerte como aliada: “Puede ser que esto sea una sombra, / eso unos árboles, / y todo lo demás/ y todo lo demás puede ser// aire. Castillos en el aire”. El poeta siente esa verdad del abismo, del desgarrar, del dolor y el silencio sufridos: “Grandes dolores, con su hambre inmensa”. Pero al mismo tiempo, no cede, siente la necesidad de seguir imantado por esa extraña luz que va vibrando “en el vaivén de un viento inmenso”.

Hay una sensación de ascenso de raíz claramente mística, porque mística es toda la inspiración inicial de sus versos arraigados en San Juan de la Cruz con cuya cita inicial abre el poemario “... pensando... que los había dejado Dios”, y también con él la cierra “... estando ya mi casa sosegada”.

Blas de Otero acaba aceptando la condición del ser humano, una condición para la muerte “¿Cómo podríamos reposar y morir, / si la muerte no fuese/ otro modo de amor y de alegría?”. Una aceptación necesaria que se complementa antitéticamente con esa alegría de vida y amor, la alegría del nacimiento de ese ser humano consagrado, imanado por el final en la muerte. Es un camino finito en el que la naturalidad se convierte en un acto de comprensión de la propia condición del ser. No hay desgarramiento final sino una definición de lo que somos: “A través de la alegría son mantenidos, / y con alegría desaparecen”. Pero antes, a lo largo del poemario se impone la condición de no ser, la precipitación en el llanto y en el olvido del Hacedor, ese Dios oculto, ese Dios que no respira, que no está nunca presente. Y si hay una serie de poemas iniciales que, como “*Mademoiselle Isabel*”, poseen esa alegría autobiográfica conquistada (una joven vascofrancesa con quien aprendió las primeras letras) y donde la música o el cuerpo de la mujer se solazan con una sensualidad vital, pronto los “días malos” parecen ocupar la escena y el “Hombre” en su plenitud desgarrada se apodera de un sentimiento de no tener consuelo alguno: “Cuando el llanto, partido en dos mitades.../ Cuando morir es ir donde no hay nadie... Cuando da miedo/ ser hombre, y estar solo es estar solo”.

Existe entonces un vértigo ante la soledad del mundo y una necesidad de encontrar algo a lo que asir la existencia, rodeados de sombras y de nieblas que nos impiden adelantarnos en esa nada conquistada. El soneto “Hombre” se conforma aquí como un paradigma de ese dolor:

*Luchando, cuerpo a cuerpo, con la muerte,
al borde del abismo, estoy clamando
a Dios. Y su silencio, retumbando,
ahoga mi voz en el vacío inerte.*

*Oh Dios. Si he de morir, quiero tenerte
despierto. Y, noche a noche, no sé cuándo
oirás mi voz. Oh Dios. Estoy hablando
solo. Arañando sombras para verte.*

*Alzo la mano, y tú me la cercenas.
Abro los ojos: me los sajas vivos.
Sed tengo, y sal se vuelven tus arenas.*

*Esto es ser hombre: horror a manos llenas.
Ser —y no ser— eternos, fugitivos.
¡Ángel con grandes alas de cadenas!*

Este hombre aspira a no sentirse conquistado por la soledad, tampoco a sentirse conquistado por la muerte (“Nadie quiso nacer. Nadie quiere/ morir”), y para él existe una respuesta crítica, fehaciente, dolorosa. Blas de Otero se rebela. Necesita que su sangre se levante contra un despropósito que

solo lleva al ser humano a su condición nihilista. A no ser, a no existir. Estamos en plena ebullición de ese existencialismo que años antes habían puesto de moda en Francia Jean Paul Sartre y Simone de Beauvoir. Y, como decía Sartre, *si he suprimido a Dios padre es necesario que invente los valores*. Y en esos valores la solidaridad con el ser humano que sufre es un principio rector de la poética de Blas de Otero en la inmediata posguerra europea: “¿Voy a hablar de la guerra, de esa gran cabronada que nos armaron cuatro militares, ocho terratenientes y cinco curas, con el respaldo del hijo de puta de Hitler?” (Otero 954).

Y en este ámbito surge la eterna pregunta que ha mantenido en vilo a toda la filosofía, la elección entre el pensamiento platónico de que la esencia precede a la existencia (el ser en sí) o el de Sartre, de que la existencia precede a la esencia y de que todo existencialismo es un humanismo:

El existencialismo representa el esfuerzo más colosal del hombre contemporáneo para recuperar los valores singulares de la persona humana frente al degradante proceso de despersonalización que se había iniciado de forma irreversible desde comienzos del siglo XIX (Fontán 18).

Surge la verdad de ese ser en conflicto, en crisis, en una situación de enfermedad. Y el poeta, como “guardián de esa morada donde vive el hombre”, como diría Heidegger, debe hacerse acreedor al papel para el que ha sido conferido. Pensar en el compromiso del ser, en su verdad y en su condición humana. Así dirá en el terceto final de “No puede”: “Nunca, jamás, el hombre. Sobre el suelo, / el pájaro se posa, y pasa y hiede/ la fuente del humano desconsuelo”:

Esta idea de la negatividad y de la presencia continua de la nada, genera la náusea. Para Sartre, la existencia resulta ser, por tanto, una paradoja, una pasión inútil, una contradicción consistente en el absurdo anhelo del ser-para-sí de ser el en-sí que tiene en sí su propio fundamento (Dios). Y al final de la existencia, se cierne la amenaza de la muerte, que supone la aniquilación de todas las posibilidades del hombre. Finalmente, pues, el ser es para la nada y la existencia humana una realidad desgarradora (Paradas Rodríguez 156).

El paradigma de la escalera que estamos subiendo constantemente es la temática que propicia el poema “Mientras tanto”. El ser humano ha sido creado para el sufrimiento y el dolor, y, en consecuencia, como ese paradigmático Sísifo ha de subir permanentemente la piedra como símbolo de ese dolor del mundo que ha de ser asumido para al fin volver a caer, y de nuevo reiniciar una y otra vez la singladura hasta el fin de los tiempos.

Es un ser humano que mueve a la compasión del escritor, a la misericordia, a la solidaridad y a la humanidad –y esa compasión tan humana libera la condición de ser para el dolor-, pues es un hombre herido en su

plenitud (“y seguimos subiendo la trágica escalera/ colocada, / creada, para nosotros”) que cuenta su existencia para el miedo y el padecimiento: “Doy señales de vida con pedazos de muerte”, dirá en el poema “Hombre en desgracia”.

Pero no es tanto esa profunda humanidad dolorida lo que más deplora el poeta sino el silencio del Creador, su ajenidad al ruido del mundo. Es entonces cuando existe un profundo deseo de filantropía en ese hombre que padece cuando exhorta un desiderátum condicionado: “Si supierais ser hombres, solo humanos”. Otero cree fehacientemente en la humanidad como vía para solucionar esa especie de soledad vital y, sobre todo, es conducido irreversiblemente hacia la insuficiencia de conformarse, acaso de ignorar al Otro como principio rector de nuestra propia identidad. Porque, en el fondo de esa pregunta sin respuesta, de ese silencio, lo que existe es el miedo a no ser nadie, a ser innominado, a no tener una identidad (que solo el Otro nos reconoce), y de ahí ese desconcierto vital para el que, sin duda, Otero posee una respuesta casi definitiva en la humanidad, como muestra el poeta en estos versos de “Canto primero”:

*¿Os da miedo la verdad? Sé que es más cómo
esperar que Otro -¿quién?- cualquiera, Otro,
os ayude a ser. Soy. Luego es bastante
ser, si procuro ser quien soy. ¡Quién sabe*

*si hay más! En cambio, hay menos: sois sentinas
de hipocresía. ¡Oh, sed, salid al día!
No sigáis siendo bestias disfrazadas
de ansia de Dios. Con ser hombres os basta.*

Y en ese recorrido, el símbolo de la sangre ocupa nuestra existencia plena, como en el poema “Crecida”, que explicita imaginariamente esa sangre que nos llega hasta la cintura y avanza hasta los labios para inundarlo todo. Uno de los poemas que mejor refleja esa muerte reciente que inunda todo un continente y con el que la solidaridad del poeta es plena: “Voy sobre Europa/ como en la proa de un barco desmantelado/ que hace sangre”. Porque existe la asunción de que todo es sangre que ahoga a ese ser humano:

La voz de *Ángel fieramente humano* (1950) comprenderá que necesita cantar para el hombre, asumir la responsabilidad de su ser en el mundo. Ha perdido la confianza en una solución tranquilizadora: "Si supierais ser hombres, sólo humanos. / ¿Os da miedo verdad? Sé que es más cómodo / esperar que Otro -¿quién?- cualquiera, Otro, / os ayude a ser". El camino pasa así por la experiencia de la pérdida, la soledad, la responsabilidad y la complicidad con los otros seres, que no alcanzan la mayúscula totalizadora del Otro, pero permiten una nueva creación de sentido (García Montero 29).

Lo que viene a plantear uno de los fundamentos de ese nacimiento del concepto de individualidad en las sociedades contemporáneas. El yo poético (que sufre esa ausencia del Ser Supremo) se muestra plenamente identificado con el otro, con el que sufre, con el que padece, que están en sus mismas circunstancias. No existe un yo ajeno. El yo del poeta que sufre se identifica plenamente con la humanidad en su conjunto. No es el padecimiento de un individuo aislado que se lame sus propias heridas, sino que son las heridas de la colectividad. Y el poeta es ya ese Sísifo que lucha agónicamente, aunque desconozca de qué ha sido acusado ni quién lo ha condenado. Y en esa relación que siempre ha tenido el ser humano con lo desconocido no ignora a un ser superior y se dirige a Él con respeto, pero con un enorme desafecto, aun a sabiendas de que no tendrá explicación alguna.

Entiende entonces que la única posibilidad de salida es desde la hermandad, desde la unidad de todos los seres humanos, desde la colectivización del dolor, desde la asunción de los males del otro como males propios, desde la simbología del nosotros. Desde esa humanidad conquistada por y para el sufrimiento. Y es en la angustia donde definitivamente nos hacemos más humanos, más solidarios, más comprometidos con el otro que padece:

Su "contenido ha sido siempre el hombre", desde una perspectiva subjetiva y personal en sus primeros libros (*Ángel fieramente humano* [1950] y *Redoble de conciencia* [1951], reunidos posteriormente en *Ancia* [1958]), que no evitan una marcada dimensión histórica, desarrollada de modo profundo en los siguientes. "Poemas para el hombre" es el título con el que reunió una serie de textos publicados por la revista donostiarra *Egan*, en 1948, presididos por el verso juanramoniano, transformado: "¡Oh pasión de mi vida, poesía *humana*, mía para siempre!" (...) Poesía "para el hombre", poesía "histórica" (de ello hablará ya en 1959), poesía "para la mayoría" ("yo no quiero ser famoso / que quiero ser popular", escribiría en *Que trata de España*), son puntos de un mismo eje que atraviesa la obra de Blas de Otero de principio a fin, pues, como declarará en 1977, esa "poesía que a mí me gusta llamar histórica [es] la que se refiere al hombre en el tiempo y lugar determinado" (Lanz 115-116).

El poeta no ignora esa presencia, necesita tenerlo, pero sabe que su silencio es lo más aterrador y su palabra (definida como canción, como canto) es un monólogo sordo, un "diálogo" que se busca pero se sabe de antemano que es imposible.

Por esta razón en el terceto final de "Estos sonetos" lo manifiesta: "(...) Quiero tenerte, / y no sé dónde estás. Por eso canto". La respuesta del poeta ante el silencio de Dios puede ser virulenta ("Llegué a odiar tu presencia", dice en "Serena verdad") pero esta sed de Dios, esta hambre de Dios ha permanecido siempre presente como una metáfora contra el ser que doliente lucha.

Y en ese trayecto de búsqueda, que también es un trayecto donde la

poesía de San Juan de la Cruz está inmensamente presente, hay un ascenso hacia los cielos, como si nos hubiéramos convertido en llamas que arden salvíficamente y en nuestra ignición hubiéramos alcanzado el bien apetecido. Una vieja metáfora de los místicos en su aspiración por explicar el desconsuelo vital y la aspiración a encontrar la paz salvífica en Dios.

El motivo de la impugnación de Dios hacia nosotros no le impide la búsqueda permanente, el enamoramiento, la persecución de esa “oscura llama” (oxímoron muy clásico) para expresar su ausencia salvífica y purificadora en el fuego que crea. Y en esta aventura en el vacío, pero también en la eternidad, su voz se alza en la defensa de la humanidad en su conjunto y se lo pide a Dios: “Salva al hombre, Señor, en esta hora/ horrorosa, de trágico destino;/ no se sabe adónde va, de dónde vino/ tanto dolor, que en sauce roto llora”:

El actante-sujeto al que se refiere dicha violencia es la primera persona que, una vez más, remite directamente al poeta mismo. Se trata por tanto de una violencia activa ejercida contra cualquier aspecto no material de la realidad circundante, contra Dios, e incluso contra sí mismo, pero que, en cualquier caso, supone una forma extrema de búsqueda, es la culminación de la vehemencia o deseo ardiente de Dios (Espino Collazo 285).

En *Redoble de conciencia* (1947-1950) sigue muy presente ese sufrimiento humano, ese hombre que lucha contra un muro, un hombre que en su camino anda descarriado. Todavía persiste una referencia constante a Dios, que surge en múltiples situaciones, y del que se solicita su magnanimidad para impedir ese sufrimiento: “Humanamente hablando, es un suplicio/ ser hombre y soportarlo hasta las heces”.

Las referencias también a la poesía mística de San Juan de Dios se evidencian en las citas de “Lástima”, donde se amplifica la antítesis entre la templanza de la mano de Dios y la sensación de gravedad con la que la percibe el ser humano. Una singladura perfectamente imbricada en el sueño de la muerte, homenaje a Quevedo, como en el desvelamiento por esa necesidad de vivir y sentir la carestía de sentirse piedra o cielo, pero “tierra de Dios, sombra fatal ardida”.

Blas de Otero es consciente de que solo la esperanza puede hacernos más fuertes y ese hombre (que se echa a la mar o a la tierra) debe llevarla como un emblema de su existencia, aunque en momentos de debilidad el poeta siente que su identidad no ha sido desvelada aún y, como si formara parte de una historia que ya había sido escrita, es el vértigo de la muerte, sin saber nada más a cambio, lo que puede hacerle zozobrar.

La búsqueda de Dios, en sus múltiples variables, es constante. Ya no es el silencio de Dios sino su hambre, pero también su necesidad, su presencia: “Después, como un cadáver puesto en pie/ de guerra, clamaría por los

campos/ la paz del hombre, el hambre de Dios vivo,/ la verdadera sed de ser eternos”. La sensación de hombre al borde de un acantilado, descarriado, abandonado... es reiterada una y otra vez pero progresivamente se va concretando en una conformación precisa que, en su siguiente poemario, *Pido la paz y la palabra* (1951-1954), se hará categórica en un elemento recurrente: el dolor de España, el dolor de Europa, el dolor del mundo, en una suerte de colectivización de los horrores, que, hasta ahora, parecían ser individuales:

(...)
*Europa, amontonada sobre España, en escombros;
sin norte, Norteamérica, cayéndose hacia arriba;
recién nacida, Rusia, sangrándole los hombros;
Oriente, dando tumbos; y el resto, a la deriva.*

*Parece como si el mundo me mirase a los ojos,
que quisiera decirme no sé qué, de rodillas;
alza al cielo las manos, me da a oler sus manojos
de muertos, entre gritos y un trepidar de astillas.*
(...)

Es un dolor colectivo que aparece en varios poemas como “Que cada uno aporte lo que sepa”, donde se nombran acontecimientos concretos como el de 1939 y el estallido de la guerra mundial. Existe una lucha evidente por desenmascarar la guerra terrible que vivió Europa: “Triste, triste es el mundo, / como una muchacha huérfana de padre a quien los salteadores/ de abrazos sujetan contra un muro”. Se concita en todo ello un nihilismo evidente que recuerda las peores notas de los pesimistas decimonónicos:

Pero he aquí algo fundamental. Otero dedica numerosos poemas a tratar la conflictividad entre el hombre y Dios y, ciertamente, se muestra desesperado en muchos de sus versos. Mas su afirmación de la soledad del hombre, en lugar de conducirlo al abandono de sí, al solipsismo, al nihilismo propio de aquel que piensa que la existencia carece de valor, le mueve a reivindicar que la vida tiene sentido para aquél que es capaz de asumir su destino y aprende a ser hombre. Toma, por así decirlo, una postura moral que guarda un cierto parecido con el concepto existencialista de “existencia auténtica” (Paradas Rodríguez 167-168).

El complemento a estas ansias de búsqueda fue *Pido la paz y la palabra* (1951-1954), escrito ya en los primeros años de la década del cincuenta, donde su contundente afirmación de creencia en el hombre se evidencia en el poema “Fidelidad” donde comienza diciendo: “Creo en el hombre”. Pero, ¿en qué hombre cree? Sin duda un hombre que lucha, que vive con intensidad su existencia, que es consciente de que el dolor preside el mundo, pero no es ajeno al mismo. Ese hombre al que define como “hambreante y sepultado en sed”. Pero es un hombre que, sí, en *Ángel fieramente humano* permanecía en un ámbito descontextualizado, ahora son constantes las referencias a España:

“España, espina de mi alma”. Necesita que el sufrimiento se contextualice, y acaso se concrete en un país y en una época determinada. Frente a ese ser humano en un ámbito más desubicado existe otro cercano: “Para ti, patria, árbol arrastrado/ sobre los ríos, ardua España mía”. Existe aquí ya una voz más machadiana, un dolor no solo del hombre que padece (en general, en cualquier lugar del mundo) sino un dolor de España. El dolor se contextualiza y parece querer reducirse a un territorio.

Ya no aparece solo Dios, con mayúscula, sino que aparecen otros dioses, como interlocutores de esa pasión por salir de su padecimiento en la tierra, y dirá el poeta: “Yo, ofrezco mi vida a los dioses/ que habitan el país de la esperanza”. Su nivel de concreción es mayor pero también de deslocalización del referente preciso, del interlocutor mudo que había tenido en el poemario anterior. Se produce una mayor socialización de ese dolor y una denuncia social clara y evidente. Podemos afirmar que se ha pasado de una poesía agónica personalizada en el ser en sí a una lucha externa, social, en la que el poeta ya es un actor de cambio. Persigue que la poesía deje de percibirse como un instrumento de queja individualizado y adquiera el valor de instrumento de liberación y, por este motivo, presenta su denuncia en el poema:

*Ahora
voy a contar la historia de mi vida
en un abecedario ceniciento.
El país de los ricos rodeando mi cintura.*

Existe ya un enemigo identificado. Si en *Ángel fieramente humano* se increpaba la ausencia de Dios, su silencio, ahora se denuncian hombres concretos (“Aquellos hombres me abrazaron”) y un país, una ciudad en concreto (“Esto es Madrid”) y, desde luego, la lucha por la existencia manifestada a través de un nivel de concreción extraordinariamente humano: el hambre: “Días de hambre, escándalos de hambre, / misteriosas sandalias/ aliándose a las sombras del romero/ y el laurel asesino. Escribo y callo”.

El poeta es consciente de que existe una disputa, pero frente a la lucha interior de otro tiempo en la línea de una ansiada salvación y un Interlocutor Mudo, ahora esta lucha es diferente, con unos objetivos mucho más terrenales y/o humanos. La salvación se puede conseguir a través de perseverar en el combate. Si en *Ángel fieramente humano* era parcial, individual y agónica (el yo del ser humano frente al silencio de Dios), ahora existe un enemigo exterior (¿la dictadura? ¿la guerra mundial?) y la profunda convicción de que juntos (en comunidad) se pueden resolver los problemas. Así lo dice en “Vencer juntos”: “Oh patria, árbol de sangre, lóbrega/ España. // *Abramos juntos/ el último capullo del futuro*”. O en “Ahora”: “Sol en los hombres, avanzan/ unidos”. La unidad de la humanidad persiste tanto en la lucha como en el dolor. Existe una comunión que se resuelve en la colectividad. El problema ya no es de un ser individual sino de un ser-colectivo, de una comunidad. Se ha perdido la

perspectiva de una lírica narcisista, en el sentido individualizado del término, para crearse una lírica de trascendencia colectiva y universal. La universalización del dolor:

*“Me llamarán, nos llamarán a todos.
Tú y tú, y yo, nos turnaremos,
en tornos de cristal, ante la muerte.
Y te expondrán, nos expondreemos todos
a ser trizados ¡zas! por una bala.
(...)
(Aquí no se salva ni dios. Lo asesinaron.)*

*Escrito está. Tu nombre está ya listo,
temblando en un papel. Aquel que dice:
abel, abel, abel... o yo, tú, él...*

Y también en “Juntos” se manifiesta directamente en la denuncia de una situación: “Esta tierra, este tiempo, esta espantosa podredumbre/ que me acompaña desde que nací/ (porque soy hijo de una patria triste/ y hermosa como un sueño de piedra y sol; de un tiempo/ amargo como el poso/ de la historia)”. Es un lenguaje directo y sencillo. Un lenguaje que ha perdido su simbología del *Quinquecento*, esa terminología de corte místico y la alegorización del encuentro en Dios en respuesta finalista a las ansias salvíficas, para convertirse en un lenguaje descarnado donde el significante poético está al servicio de un objetivo que llega ya desde el mismo título del libro: la concienciación. La palabra clara y diáfana como elemento liberador y la paz como finalidad última: *Pido la paz y la palabra*.

Y, en consecuencia, ya el poeta no puede dirigirse a un Dios, ni a un interlocutor en concreto. Su ámbito de recepción cambia totalmente, y el poema “A la inmensa mayoría” (en antítesis con Juan Ramón Jiménez, que hablaba de la “inmensa minoría”) significa que el punto de vista de la recepción ha cambiado, ya es la humanidad en su conjunto, el hombre “en canto y alma”. Y conforma la simbólica salida de un lugar que “no apestase a muerto” para, pleno de amor, virar hacia otro lugar.

Existe una evidente voluntad de convertir toda su poesía en un profundo humanismo solidario: “Yo doy todos mis versos por un hombre/ en paz. Aquí tenéis, en carne y hueso, / mi última voluntad. Bilbao, a once/ de abril, cincuenta y uno”. En una línea, como recordaba Paradas Rodríguez, cercana a Feuerbach, para quien se produciría la sustitución de la teleología cristiana por el humanismo; y, sin duda para todo el existencialismo de Sartre, al afirmar que si había suprimido a Dios padre (en *Pido la paz y la palabra* ya Dios no es el referente) es necesario inventar los valores. Y, desde luego, la carga comprometida y comprometedora de Blas de Otero se hace evidente en

su respuesta ética ante los problemas del mundo. Con lo que la poesía se carga de un evidente compromiso moral.

Feuerbach admitía la pretensión de recuperar la humanidad, y reconducirla hacia la pretensión de una conciencia de lo concreto. De este modo “Feuerbach cree solventar así el problema de divinizar a un ser que se sabe limitado: si la divinidad es la humanidad entera, a lo largo de las generaciones dichas limitaciones parecen diluirse y, en todo caso, podrán ser de algún modo superadas. Su filosofía se nos presenta como un proyecto humanista de corte materialista” (Paradas Rodríguez 183). En la misma línea seguiría Blas de Otero, hacia una suerte de “divinización” de la humanidad toda. Una idea en la que había profundizado Feuerbach con enorme sentido en su obra *Principios fundamentales de la filosofía del porvenir*, donde nos ofrece en esencia el umbral básico del humanismo solidario:

Con razón, pues, también el empirismo pone el origen de nuestros conocimientos en los sentidos; sólo que olvida que el objeto más principal y más esencial de los sentidos humanos es el hombre mismo, que solamente en la mirada con que el hombre penetra al hombre se enciende la luz de la conciencia y de la razón. Por eso el idealismo tiene razón en buscar en el hombre el origen de las ideas; pero no la tiene en querer deducirlas del hombre aislado, fijado, como un ser existente por sí, como su alma; en una palabra, de un yo sin un tú dado sensiblemente (...) Sólo por la comunicación, por la conversación del hombre con el hombre, es como nacen las ideas. No se llega solo, sino entre dos, a los conceptos y a la razón en general. Dos seres humanos intervienen en la generación del hombre, del espiritual tanto como del físico; la comunidad del hombre con el hombre es el primer principio y criterio de la verdad y de la universalidad (Feuerbach en Fernández 144).

Esta evolución, que se produce, a nuestro modo de entender en *Pido la paz y la palabra*, es lo que llamará Blas de Otero “la filosofía de la praxis”: “Se inicia con presentación del personaje poético en su evolución desde el pasado subjetivo y atormentado hasta el presente comprometido, a través de un presente mostrativo que se repetirá en el resto de poemas introductorios” (Lanz 45).

Él se mostró conforme con esa evolución cuando, en la entrevista que le hicieron Mario Hernández y Elena Perulero citada por De la Cruz, decía que su evolución ideológica fue lenta,

«Sin cambios muy bruscos (...) Por medio de la reflexión, de las vivencias y de las lecturas, fui llegando a otra visión del mundo y del hombre que pude contrastar, después, en mis largos viajes (...) Y me lancé de lleno al estudio de la filosofía de la praxis». Soñaba con una sociedad futura basada en la justicia y la dignidad universal y creyó haberla encontrado en sus lecturas sobre la interpretación marxista de la historia (65).

Era muy consciente de que la poesía alcanzaba su pleno sentido cuando era capaz de reflejar las preocupaciones cotidianas del ser humano, su día a día, y sobre todo su día a día en una patria destruida, en una Europa arrasada por la creciente deshumanización que llegaba desde principios de siglo: “Se amplía en este segundo libro el escenario de la destrucción; el poeta sale de sí mismo para clamar por la Europa sangrante que ha dejado la Segunda Guerra Mundial: «tabla rasa» el mundo, millones de muertos en las trincheras, la humanidad parece caminar hacia el abismo” (De la Cruz 64).

La poesía de Antonio Machado, su compromiso con la sociedad española y su proyección simbólica sobre los escritores de estos años crea un gran revulsivo en Blas de Otero que, desde primera hora, participó en todos los homenajes de este grupo de escritores de posguerra hacia el escritor sevillano y en “Con nosotros” lo evidencia:

*En este Café
se sentaba don Antonio
Machado.
Silencioso
y misterioso, se incorporó
al pueblo,
blandió la pluma,
sacudió
la ceniza
y se fue...*

Pero también escritores como Walt Whitman o Nietzsche surgen con un enorme interés en su poética, de los que exalta al mismo tiempo su “corazón desparramado” y la “sombra tan espléndida”, dos metáforas que los concitan en esa voluntad humana universalizada y en la síntesis de oscuridades y clarividencias del alemán. Para pasar a exaltar ese hombre que lucha, la hombría del ser en acción. Unas voces de Whitman y Machado que en “Hija de Yago” estarán muy presentes al unísono al describir la situación terrible de Europa (“talón sangrante del bárbaro Occidente”) y la más particular de España (“Madre y maestra mía, triste espaciosa España”). Lo que le lleva a ese espíritu humano y solidario que arraiga con fuerza en unas instancias concretas de un mundo en destrucción:

Hacía tiempo que había apostado a una carta que escuetamente declara en estas palabras: «No prevalece la estética ahora, sino el sentirse solidario y obra como tal». En él esa disyuntiva no prevaleció como mandato dissociador, pues, junto a la «fronda de la solidaridad», supo siempre del valor del verso y supo esperar y alumbrar «la palabra precisa, universal y, al mismo tiempo, imprevisible» (Hernández 48).

En definitiva, la formación jesuítica de Blas de Otero, determina en sus inicios una búsqueda de respuestas en el Supremo Hacedor. Es todavía una poesía que expresa el sentimiento trágico de la vida en la línea explicitada por Unamuno (de cuyas ideas se hace directamente albacea) pero el hombre no alcanzará nunca la paz porque no existe una respuesta. El hombre, ser afectivo y ser racional, no haya respuestas y esa ausencia provoca “el sentimiento trágico de la vida misma y del universo, toda una filosofía más o menos formulada, más o menos consciente. Y ese sentimiento pueden tenerlo, y lo tienen, no sólo hombres individuales, son pueblos enteros” (Unamuno en Fernández 370). Así es en sus dos primeras obras, reunidas en *Ancia* años más tarde. Pero es en *Pido la paz* y la palabra cuando se abandona ese hilo que lo “unía” con el Gran Hacedor para virar hacia una poesía más humana, en la que ya el poeta busca ámbitos de la recepción más amplios. Se identifica con la humanidad en su conjunto si antes era un ser que luchaba por su salvación. Ahora somos todos los referentes de su obra, también su país y las circunstancias concretas y trágicas que vive Europa. Se ha solidarizado el sentimiento y se ha magnificado alcanzando su verdadera dimensión de un humanismo donde la perspectiva del sujeto ha cambiado definitivamente. El objeto del poema puede ser ahora tanto el yo (*épimeleia cura sui*) como el otro (*épimeleia beaoutou*). Con ello la poesía de Blas de Otero alcanza una mayor significación a nivel universal y se convierte en uno de los grandes antecedentes de lo que años más tarde será conocido como el Humanismo Solidario.

BIBLIOGRAFÍA

- Alarcos Llorach, Emilio y Blanco Aguinaga, Carlos. *Lengua y espíritu de Blas de Otero*. Historia y crítica de la literatura española / coord. por Francisco Rico, Vol. 8, Tomo 1, 1981 (Época contemporánea, 1939-1975 / coord. por Domingo Ynduráin), pp. 197-212.
- Camarero Cea, Manuel. “Preludio de poesía social en «Ancia», de Blas de Otero”. *Salina: revista de lletres*, núm. 15, 2001, pp. 215-220.
- Cruz, Sabina de la. “II. La vida de un poeta”. *Obra completa de Blas de Otero (1935-1977)* (Edición de Sabina de la Cruz con la colaboración de Mario Hernández). Barcelona: Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2013, pp. 57-78.
- Espiño Collazo, José. “El tema de la «Búsqueda Ansiosa» en *Ángel fieramente humano*”, *AO*, XXXI-XXXII, pp. 272-287.
- Fernández, Clemente. *Los filósofos modernos*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos. Vol. II. 1973.
- Fontán Jubero, Pedro. *Los existencialismos: Claves para su comprensión*. Madrid: Cincel, 1988.
- García Montero, Luis. “Reflexiones junto a Blas de Otero / Luis García Montero”. *Campo de Agramante: revista de literatura*, núm. 4 (otoño 2004), pp. 25-36.

Hernández, Mario. "I. Palabras vivas". *Obra completa de Blas de Otero (1935-1977)* (Edición de Sabina de la Cruz con la colaboración de Mario Hernández). Barcelona: Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2013, pp. 7-56.

Iravedra, Araceli y Sánchez Torre, Leopoldo (Eds.). *Compromisos y palabras bajo el franquismo. Recordando a Blas de Otero (1979-2009)*. Sevilla: Renacimiento, 2010.

Lanz, Juan José. "Poesía y metapoesía en la trilogía social de Blas de Otero. Algunas perspectivas sobre la función del lenguaje en el compromiso". <http://www.zurgai.com/archivos/201304/071996040.pdf>, pp. 40-50.

---. "Querido Blas / Querido Gabriel». La relación entre Blas de Otero y Gabriel Celaya a través de sus cartas (1949-1951)". Recuperado de www.cervantesvirtual.com/...blas-de-otero.../dcd33880-2dc6-11e2-b417-000475f5bda5...

Otero, Blas de. *Obra completa (1935-1977)* (Edición de Sabina de la Cruz con la colaboración de Mario Hernández). Barcelona: Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2013.

Paradas Rodríguez, José Luis. *La esperanza en Blas de Otero* (Tesis doctoral). Madrid: Universidad Francisco de Vitoria, 2013.

Rodríguez, Juan Carlos. "El estado de la teoría literaria". *Pensar desde abajo*, núm. 5, 2016, pp. 233-265.

Terrasson, Claude. "Blas de Otero: «Poeta de la condición humana y de su desamparo»? *Cauce. Revista internacional de Filología, Comunicación y sus Didácticas*. Números 34-35 (años 2011-2012).